

DANTE Y LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

... Hallábase Dante en la corte de los señores de Verona.

El príncipe Bartolomé de la Scala había acogido al poeta, no como a cortesano, sino a título de amigo; y esta generosa protección inspiró al poeta aquella página del *Banquete*, en la cual, al enumerar las cualidades del bienhechor y las maneras de dar, dice: « la tercera cosa, por la que se puede notar la liberalidad siempre alerta, es dar sin que nadie pida ».

Bien, pues: según refiere Petrarca, cierto día en que los histriones producían general alborozo para entretener alegremente a su señor, éste acercóse a Dante que estaba presente y díjole:

— ¿ No os parece cosa extraña y singular que uno de esos locos que aquí véis sea tan dicharachero y divertido dando muestras de su ingenio, mientras que un hombre tan leído y tan sabio como vos se pase los días sentado en un rincón, sin tener palabra alegre que decir ?

A lo que el poeta, con dejo de amargura, repuso:

— No, nada tiene de extraño. La realidad del mundo es ésta y no otra. El hombre es así porque Dios lo ha hecho así, y nada puede cambiar su naturaleza.

Esta observación, de que cada cual obre según su naturaleza (en el caso del poeta era la más severa aristocracia del pensamiento ante la vanidad de las cosas humanas, y la realidad siempre hostil y a menudo cruel), puede aplicarse, desde cierto punto de vista, a la historiografía. La imparcialidad, la ecuanimidad, y especialmente la objetividad absoluta, que son a los ojos del fisiólogo y del crítico, el ideal de toda narración histórica, no pue-

de alcanzarse completamente por algún historiador. Como confirma la gnoseología contemporánea, que ha vuelto, en sus líneas fundamentales, a la posición filosófica de David Hume respecto de la del *hombre-razón*, de Königsberg, no es posible eliminar, en la reconstrucción histórica de los hechos y especialmente de las ideas de los hombres, la intervención directa de nuestro « yo profundo », como hoy se dice, a saber, de nuestra íntima naturaleza psicológica.

A este propósito, y a propósito especialmente de Dante, cabe recordar un pensamiento de un popular escritor argentino, cuya obra sigue todavía dispersa en diarios y revistas : « El sitio más doloroso y más peligroso que puede ocupar un hombre, es la memoria de los otros hombres, porque allí, dentro del intelecto ajeno, del alma ajena, de la voluntad ajena, de los ideales ajenos, de las miserias ajenas, « ese hombre » modélese a manotadas violentas, como a un pedazo de arcilla, se derrite ferozmente como una barra de bronce, se cincela a puazos crueles como a un bloque de mármol, se forja, para siempre jamás, a resonantes, aplastadores golpes de martillo, como a una plancha de hierro. » Del mismo modo que, dentro de los hombres de Plutarco hay más de Plutarco que de aquellos hombres mismos, así, cada elogio de Dante, aun los más respetables y serios (hablo de los últimos, que para nuestra tesis deben ser los primeros), reproduce la idiosincrasia, los anhelos, la personalidad moral e intelectual, y hasta el especialismo científico y los prejuicios de su autor.

Un helenista como Hartzenbusch leerá a Dante con los ojos de Aristófanes y nos dirá, por ejemplo, que existe identidad de concepción y de procedimiento estético entre la primera parte de la *Divina Comedia* y la comedia *Las Ranas*, que principia junto a la puerta del Infierno y continúa y acaba en él, mientras el eminente arabista Asin Palacios, en su discurso « La escatología musulmana en la *Divina Comedia* » (acerca del cual un colega vinculado a esta casa desde muchos años en la enseñanza de la lengua italiana, ha escrito en estos días un buen trabajo de crítica literaria), pretenderá demostrarnos que el Infierno dantesco no es más que un calco fiel del musulmán, como si no tuviéramos, aparte el hecho de que Dante no conocía el

griego ni el árabe, la explícita declaración del poeta a Virgilio: *Tu sè lo mio maestro e il mio autore: tu sè solo colui, da cui io tolsi lo bello stile che m'ha fatto onore*».

Así, el Dante cuya gloria resplandece en el latín vigoroso y elengatísimo de la encíclica de Benedicto XV no es precisamente el Dante que, en páginas solemnes, forjaron en estos últimos tiempos los más dignos discípulos de Bovio, Carducci o Pascoli.

La encíclica del papa se conexas, desde el punto de vista histórico-filosófico, en cuanto implica la orientación teórico-práctica del movimiento tomístico moderno, con las encíclicas de León XIII, *Inescrutabili Dei*, publicada en 1878 y *Alterni patris*, de 1879, y con los breves relativos a la fundación de la Academia romana de Santo Tomás, en 1879, y del Instituto superior de filosofía en la universidad de Lovania (1894). Pero, del mismo modo que la nueva orientación tomística, que se funda en el principio: *vetera novis augere et perficere* en oposición al credo científico del abad Loisy, originó indirectamente una serie de investigaciones históricas muy importantes, relativas al origen y desarrollo de la escolástica considerada en sí misma y en su influencia sobre todos los distintos elementos de la civilización medieval (baste citar las obras magistrales de De Wulf y Nys), así «pluga al cielo» que análogos efectos produzca la página solemne que el actual jefe de la cristiandad católica, dedica al gran poeta. Lo cual no destruye el hecho de que el Dante católico, apóstolico, romano, de la citada encíclica se convierta, según otros magníficos panegíricos, en el primero de los protestantes, o en el fundador de la teosofía ocultista, o en el príncipe del liberalismo con sus categorías filisteas de la «lupa» y del «veltro».

Hasta fué suficiente una pura y simple analogía etimológica de la palabra Alighieri, que, según Krause, deriva del nombre germánico Aldiger, para ver encubierto en el florentino un místico germano, presumiendo descubrir en la melancolía del poeta, más rastros del espíritu alemán que del italiano. (*Risum teneatis!*).

Pero, un problema se impone a nuestro estudio, que por los altos fines universales que esta casa persigue y los métodos objetivos que en ella se emplean, debe estar arriba de todo dogmatismo psicológico, también, y especialmente, dentro de los

límites en que nuestras ilusiones se convierten en realidad, del de la persona que tiene el honor de hablaros en este momento, — en cuyo corazón penetró, desde su más tierna edad, con la bendición de Dios, la veneración hacia el divino poeta, oyendo recitar de los labios de sus padres los versos más populares, y por ende los más sublimes, porque más humanos, del poeta; y cuando, merced a la severidad y la perseverancia de sus estudios llegó a comprender, o creyó haber comprendido la grandeza del *ghibellin fuggiasco*, experimentó la irresistible necesidad de visitar a Ravena, no por espíritu de una vana imitación de hombres célebres como Maquiavelo, Alfieri, Lord Byron y Pío IX, sino con la sincera y pía devoción del humilde peregrino que penetra en el santuario de su fe y de los ideales más puros de su alma, y se arrodilla, sin preocupación mundana, al lado de los príncipes de la tierra. El problema que se impone a nuestra consideración serena y objetiva, y que quiere ser digna, por cierto, del grande poeta hacia el cual se eleva nuestro homenaje, es el siguiente: desde el punto de vista más universal, es decir, más genuinamente humano ¿cuál es el *elemento de verdad* que Dante, como todo grande pensador, como todo movimiento histórico del pensamiento, ha dejado en nuestra cultura, y que debemos *hacer valer*, no sólo porque forma parte del pensamiento vivo y contemporáneo, sino por la amenaza de que lo envuelvan y ofusquen corrientes funestas y deletéreas?

Ese elemento que flota en el aire vital, lo respiran, como observa el traductor argentino de la *Divina Comedia*, « hasta los que no la han leído », y, agregaré, también aquellos que la han leído y declaran sinceramente — y no por efecto de la chistomanía que hoy parece estar de moda, como en las cortes de la edad del Dante, — que se han aburrido, puesto que de las innumerables hileras de piedras, que cada generación agrega, anónimas las más, al grande edificio milenario y nunca terminado, al cual fué comparada la obra perdurable de la civilización humana, discernimos apenas las más cercanas a nuestra psiquis, es decir a ese puntito negro casi infinitesimal, perdido en la inmensidad de los espacios, que se hace luminoso un instante, y luego, fatalmente, se extingue.

Ese elemento puede descubrirlo únicamente la filosofía: pero

no la filosofía que es cosa abstracta, una especie de álgebra intelectual extraña a la vida, un *poema conceptual*, cuyo protagonista se encierra, como gusano en su capullo, en el castillo de la gnoseología, o bien se defiende, con el rigorismo del puritano, o del casto José o del seráfico San Antonio, de las tentaciones de la metafísica, cubriéndose los ojos con las vendas del agnosticismo : sino la filosofía que, como la poesía, incesantemente se renueva como la primavera de las flores que es primavera de la vida : la filosofía que se revela en ese movimiento ideal, casi febril, en favor de las ideas generales y de los problemas filosóficos, en esa inquietud que quiere tener un pensamiento propio, autónomo, decir su palabra original, audaz y varia sobre las agitaciones del espíritu contemporáneo, que es privilegio de la juventud que renace, como la rosa, para decirlo con las bellas palabras del Dante, *che spunta sul prun rigido e feroce del verno*, es decir, el escepticismo desencantado, que cuenta sus amarguras y sus decepciones : la filosofía cuyo espíritu nació en Italia con Vico y se formó definitivamente con Hegel : la filosofía que sabe que un fuerte lazo une el pensamiento al contenido social, a la experiencia humana, a la tradición, a la psicología de cada pueblo : busca lo irreductible que existe en el genio de cada raza, lo personal de cada filósofo, lo característico de cada « héroe representativo » ; hace de todo sistema de ideas un producto social, un producto humano ; no se inmoviliza y esteriliza en un principio único y unilateral ; rechaza la idea que se realiza en la mente solitaria y dogmática por una fatalidad superior, sin obedecer a las modificaciones de la tierra ; considera la misma ciencia que edificamos en nuestros magníficos laboratorios y seminarios como provisional, y prepara así los elementos para una síntesis definitiva ideal, que reduzca a unidad todas las variedades de la grande comedia humana.

La filosofía así concebida, distingue, en el Dante, aquello que es propio de su tiempo y aquéllo que es vivo y perenne. La síntesis de aquello que es historia del Dante puede reducirse, como una fórmula química, a la palabra « amor », en su sentido propio, y en su sinonimia latina e italiana : « amor, amore ». Pronunciad la palabra latina Amor en el sentido inverso de las letras que la componen y tendréis : *Roma*.

Dividid la palabra italiana *amore* en dos partes: *amo-re*, y tendréis el otro elemento irreductible de la síntesis dantesca. En esa fórmula está todo el Dante, con su genio toscano, sereno, equilibrado, plenamente latino; con su arte, con su ideal todo armonía, plasticidad y gracia, sin los excesos mitológicos y las erudiciones desmedidas propias del tipo de armonía que viene del norte; con su religiosidad exquisitamente italiana que fué choque perpetuo entre el sentimiento libre e indisciplinado, y la disciplina papal; con la encarnación religiosa y política del ideal latino, hecho de orden, de armonía, de equilibrio humano, de amplitud y variedad unificada; con su vena profunda de paganismo alegre y claro, lleno de sol, y que al misticismo recóndito, hecho de inquietud y de vértigo, prefirió la religión social y política que se satisface con pompas y exaltación del imperio, romano o católico; con su Roma, capital latina, ciudad de los Césares, sede del *imperium*, la gran metrópoli política de la cual emana el poder universal del papado, que vence a las audacias de Savonarola y los ataques del protestantismo y triunfa sobre todo lo que es desmesurado, excesivo, porque el desequilibrio psicológico no cabe en el ideal de Italia; con su Florencia, en fin, la amorosa ciudad del mármol, el cerebro de Italia, donde nació el Renacimiento, que es la más alta manifestación del genio latino, libre, fecundo, rico y audaz, que el genio de Dante, primero entre los primeros, por majestad autogenética, tan dignamente representa.

De ese involucro, que es historia, la filosofía saca el elemento vivo y perenne, al cual, como homenaje póstumo perdurable, da el más dulce nombre que el poeta haya pronunciado en su vida: *Beatrice*.

... *Nei brevi di che l'Italia era tutto un Maggio, che tutto il popolo era cavaliere... il trionfo d'Amore già tra le case merlate in sulle piazze liete di candidi marmi, di fiori, di sole; e: — o nuvola che in ombra d'amore trapassi (l'Alighieri cantava) sorridi!*... Florencia la bella, para festejar el regreso de la primavera, había organizado singulares fiestas. Por doquier habíase expandido la *lieta novella*. Acudían desde las ciudades toscanas multitud de huéspedes para ver de cerca la «hija de Roma», como peregrinos del Lacio en visita filial a la madre antigua.

De los castillos feudales, resistentes aún al avance vencedor de la democracia, pero atemorizados ante el destino que les deparaba, descendían los varones, deslumbrantes en sus lujosas vestimentas y al centellear luminoso de las armas, se detenían entre los monumentos, con los cuales Arnolfo había grandiosamente inspirado sus decretos populares. Maravillábanse aquellos ciudadanos, mercaderes, políticos y artistas al mismo tiempo; de pronto invadió su alma el soberbio desdén con el cual, encerrados en sus castillos, amparados por los montes, defendidos por murallas y puentes levadizos, mostrábanse altaneros ante aquellos mismos de los cuales aceptaban presurosos en aquel día el convite.

A los señores acompañaban trovadores, que, soberbios como sus amos, no desdeñaban medirse en su arte en un torneo donde la plebe era juez supremo. Mancebos armados acompañaban a los forasteros hasta « Santa Felicita », donde mil hombres en trajes de nivea blancura, guiados por el Señor de Amor, y trescientos caballeros armados danzaban, entre cantos, alegremente.

Y Florencia fué toda un himno de amor, dorando las cimas de sus montes el nuevo sol de primavera, saludado por la jubilosa canción de mayo.

En aquel día, que pasó con la rapidez de una visión, Dante vió por primera vez a su Beatriz. Para saber lo que ocurrió, entonces, desde el punto de vista más exquisitamente humano, no hay necesidad de leer libros : cada cual de nosotros consulte a su corazón :

Cras amet qui numquam amavit, quique amavit cras amet.

Pero la filosofía ve en Beatriz un símbolo.

Ni la naturaleza ni el arte jamás habían brindado al poeta con encanto igual al de los hermosos miembros en que Beatriz encerraba su sér.

Pero cuando con la muerte de su amada llegó a faltarle tan gran placer, ninguna cosa mortal pudo colmar en lo sucesivo sus deseos. Al primer revés que experimentó remontó al cielo en pos de ella, en quien no cabía semejante engaño. Y, por un proceso psicológico natural en un gran poeta como el Dante, nació el mito; y el mito se hizo reflejo ideal de la vida humana en todas sus más altas aspiraciones; multiplicóse en mil formas

distintas cuantas son las virtudes, las pasiones que agítanse en el alma; atravesó el *mar crudele* de las desdichas y de las amarguras más desesperadas, y entrelazando la vida humana con la divina, *humanizando* cielo y tierra en los ritmos de sus sonidos, de sus colores y de sus luces, merced a ese delicado sentido de la medida y de la armonía, ese hábito de sabia sobriedad que son congénitos con las formas más sublimes del arte y de la filosofía, elevóse a las más altas esferas del ideal.

Y es precisamente esa fuerza espiritual, ese ideal de perfección humana, que el mito de Beatriz encierra, el elemento *vivo* que persiste en todas las manifestaciones de la vida civil, política y moral del poeta.

Persiste en su misma conciencia religiosa, cuyo elemento irreductible no es la profesión de fe católica — hubiera podido ser otra — sino esa contemplación de lo eterno que distrae de lo efímero y de lo vulgar; esa aspiración a la región inmutable de lo absoluto que entraña el desdén del éxito mundano, el olvido del aplauso frívolo, el sacrificio voluntario de muchas satisfacciones sensuales, la abnegación del esfuerzo solitario de la mente, el culto de lo que dura; actitud, ésta, muy recomendable en todos los tiempos en que predominan el utilitarismo práctico y el afán material, recomendable como elemento indispensable a la conducta del hombre que vive para pensar y quiere hacer obra de cultura verdaderamente seria y perdurable; ya sea el infinito, objeto de esa contemplación, que es necesidad humana, únicamente reductible a la idea positiva cosmogónica que nos da la astronomía; ya sea, como en el Dante, el inefable ideal cristiano de la fe, de la caridad y de la esperanza, que hace de la vida una misión, que se inclina hacia lo que gime, va más allá y más arriba de nuestra pequeñez y nuestra mudanza; mira fijamente al infinito y hace brotar en él estrellas; no piensa en lo que pudre de nuestros difuntos, sino ve brillar la viva luz de sus espíritus en el fondo del cielo: *dum vivam et ultra!*

Persiste también en la conciencia jurídica del poeta, porque si bien es cierto que en su penología aplica la ley de la monarquía absoluta de la Iglesia, que considera la divinidad como *caput auctoritatis*, y el juicio de Dios como un *dies irae*, des-

de el momento en que penetró *nella città dolente, nell'eterno dolore, tra la perduta gente*, la pena y las torturas de los condenados lo conmueven tanto que no puede contener sus lágrimas, y alguna vez *come corpo morto cade*; y esa compasión — *cum-patior* — que píntase también en el rostro de Virgilio, esa piedad, esa nobleza de corazón, esa buena disposición del espíritu es principio de justicia, porque incita a esa meditación filosófica que no sólo determinó ya el pasaje del principio inexorable *punitur quia peccatum est*, en el otro más humano, *punitur ne peccetur*; no sólo propició la orientación del derecho hacia la humanización de la ley penal, sino que el mismo concepto de justicia suprime definitivamente la inexorable *vindicta* del infierno dantesco y hasta la palabra pena o castigo, convirtiéndose la justicia, elemento vivo dantesco, en pasión y esperanza, en apostolado humano que cambia el ideal de la caridad por el de justicia, y unifica en ésta misma el sentimiento del amor, que mitiga o anula las desigualdades de la realidad, y reconoce como *deber* aquello que en un orden menos perfecto, se alaba como puro merecimiento.

Persiste dicho elemento en el espíritu mismo de la filosofía civil del Dante, en el ideal de la paz universal que, tantos siglos antes de Kant y Alberdi, decretó necesario a la vida del derecho universal, deduciéndolo de la unidad de la mente humana; en el ideal de su misma *monarquía universal*, que es, en el fondo, la gran síntesis política, a la cual aspiran las naciones modernas, en cuanto, específicamente distintas por su historia y cultura, convergen libremente hacia la unidad de los fines civiles, con la tendencia a disminuir la importancia del factor étnico, que fuera de capital importancia en el origen de la historia, a eliminar irrevocablemente el principio de la conquista, considerada en su rigidez y brutalidad antiguas, a convertirse en una grandiosa polifonía que consienta la nota individual que cada nación aporta en la unidad colectiva. Pero, sobre todo, persiste perenne e indestructible como el imperativo kantiano, en su carácter formal, la predicación del ideal universal que tiene como fundamento la Naturaleza y revélase indisolublemente como Verdad y como Belleza.

Este ideal floreció por primera vez en Italia, vasto osario

animado por un pensamiento secular que produjo antes la literatura y luego la patria; Italia con sus audaces impugnadores de los dogmas en la ciencia y en la vida; Italia con sus grandes artistas a la par que filósofos y sus grandes pensadores que son artistas; Italia con sus héroes que valen individualmente como toda una generación. Floreció por la obra genial y gigantesca del Poeta, que, como el *sidereus juvenis* en el poema de África, deducido por un gran hombre, coronado con laureles en el *Capitolium*, del sueño de Escipión narrado en los libros de la república, llamaba al pueblo italiano a la vida del derecho universal. Su misma invocación al emperador germano, tan varia y malamente interpretada por aquellos que, merced a la abstracción analítica, generalizan un elemento que sólo tiene valor filosófico si se considera en función de la síntesis, olvidando el respeto que se debe a la coherencia de una gran mente como la del Poeta, representa un momento histórico del *fatale andare dantesco*, momento necesario para la aplicación inmediata del gran principio de la autonomía civil y política de los pueblos, y de su independencia del poder dogmático y religioso. Por ese principio, que es fundamento de la síntesis ética que está en la conciencia de cada uno de nosotros, «el equilibrio de los derechos y deberes», Italia, destinada por su larga historia y por el *donno infelice di sua bellezza*, como dice Filicaia, *a servir sempre vincitrice o vinta*, pudo conquistar la suprema de las libertades, la libertad de conciencia que determina la libertad en la ciencia.

Por ese principio tan exquisitamente laico, en cuanto no destruye ni limita la libre contemplación religiosa del espíritu, la conciencia moderna sabe que su deber principal es respetar la humanidad por doquier, bajo cualquier aspecto o color, en las grandes poblaciones y en los desiertos, defendiendo las naciones en la humanidad, cualquiera sea su raza o su *credo* religioso: sabe que se agita en ella un mundo nuevo, el sacrosanto derecho al trabajo, la soberanía de las naciones, la ingente necesidad de cumplir en la tierra sus propios destinos; sabe que su gran misión es la de celebrar el pacto humano en el santo comercio de la justicia y de la civilización.

Este ideal, que surge de la vida como la flor se abre a la glo-

ria de la luz, como la planta brota al hundir su raíz en la tierra húmeda y obscura, este ideal que no es castillo aéreo engendrado por la fantasía, sino jugo vital de la existencia humana — como la energía de Anteo la resultante de su contacto con la tierra, — este ideal, Dante lo transmite a nuestras generaciones como la antorcha de fuego que los corredores placenteros, ágiles y animosos de las antiguas fiestas de Vulcano pasábanse de mano en mano...

Lo transmite como una fuerza capaz de abrir el cráneo al prejuicio y matar el fanatismo, el egoísmo montruoso, la ignorancia, la inmunda hipocresía, la horrible vileza, la miserable cobardía y todos los vicios que fatalmente renacen como las malas yerbas del campo y que, por una especie de mimetismo social, adquieren colores y formas seductoras propias de la época y del medio de su actuación...

Lo transmite como lira multicolor que abraza los cielos infinitos y abraza los corazones al cantar el triunfo de los buenos de todo el universo.

Lo transmite a todos los pueblos del mundo donde pueda penetrar un rayo de luz civil, como el verbo sagrado, multiforme en sus encarnaciones en el tiempo y en el espacio, pero uno e insuperable en su esencia, como el rey de los hidalgos que, «la adarga al brazo toda fantasía, y la lanza en ristre todo corazón», a todos los peregrinos hambrientos de ideal grita con la misma fe sincera del *Misionero* platense: *¡Avanti! ¡Sempre più avanti! ¡Più avanti ancora!*

JUAN CHIABRA.